

PREGÓN DE ALFONSO GONZALEZ PUENTES PARA
LAS FIESTAS EN HONOR DEL SEÑOR SANTIAGO
(2011)

Señor Santiago:

Que iluminas un año más el camino por el que Galicia mira desde España al Universo. He aquí tu fiel siervo, Alfonso González Puentes, limpiabotas de orgullo y dignidad, hijo de ésta tierra santa, quien por obra y gracia de nuestro alcalde querido y por fin gozado, Gerardo Conde Roa, le viene a corresponder el orgullo de pregonar con la voz antigua que brota del pueblo que te venera, te invoca y te da gracias desde el don de la palabra hecha pregón y fiesta: ¡por el preciado bien de la libertad!

Desde la emoción eterna yo clavo mis rodillas en la tierra prometida ante Ti, en nombre de todos cuantos venidos de otras tierras Vettonas, ibéricas o Alanas. Latinas, Galas o Germanas. De los llegados desde Fisterra o Costa da Morte. De Rías Baixas, O Salén, Vigo, Pontevedra y Terra de Montes. Desde O Condado y Deza. De A Ulloa, Terra de Melide o Chantada. De Ferrol, A Mariña, Terra Cha, Miño, Ribeira Sacra y A Coruña. De As Mariñas, Ourense, la Galicia que es Meriodional o desde la que se hace Oriental. Desde la quinta provincia de la emocionante tierra de emigración y desde la Sexta del triunfo exportado.

Heme aquí Señor Santiago, atraído por la inconvencible fe en tu campo de Estrellas.

No sé, Apóstol, si ha sido notable imprudencia el encargarme que este bendito año de 2011, Dios y prima de riesgo mediante, sea mi humilde persona quien le dé a tu pueblo el pregón que abre la fiesta en tu honor, desde el balcón que habita quien hábito le ha dado tu pueblo soberano... No sé aún muy bien si la mejor manera de comenzar es siendo sincero con todos. O al

menos todo lo sincero que pueda, porque, de hecho, si lo fuera conmigo mismo, hoy estaría callado. Este debería ser, en consecuencia, el pregón silencioso de un eterno aspirante al arte de lustrar las almas y los calzados de quienes van, vienen y cruzan esa puerta grande de Europa que es Labacolla.

Esta noche, augurio de fiesta en tiempos perros, mientras aguardáis con ansiedad el preciado instante del final del pregonero, cuando brote mi silencio y los caldos eternos fluyan por vuestra garganta haciéndoos más sabios; yo te pido, Santo de Compostela, que devuelvas la esperanza del trabajo a quienes lo perdieron, la salud solidaria, universal y gratuita para todos, la gobernanza en buena derrota para tus hijos.

Huelga decir que no anida en mí espíritu ni intención alguna de protesta o queja, como, en efecto, pretenden algunos espabilados que han creído que el compromiso es sólo una excusa para hacer una carrera. Sencillamente quiero ser coherente conmigo y con quienes me concedéis el aliento de vuestras voces interiores, las que mejor nos conocen y las que, por cierto, son menos escuchadas.

Pero antes de callar definitivamente y sobre todo, antes de que todos rebusquéis en vuestros bolsillos para encontrar el último diezmo aún no recaudado, tal vez, como dijera mi muy querido Séneca,

"es tan inmenso el placer que se experimenta al encontrar un hombre agradecido, que vale la pena arriesgarse a no ser un ingrato."

Compostelanos, hijos de la tierra gallega, que en estos tiempos de voceadores, vedettes y otras profesiones que iluminan los píxeles de la televisión y los sueños de los jóvenes menos avisados, sabed que es hora de la recuperación de los oficios. No os parezca poca cosa. Desde Don Camilo que fue mi amigo, al Doctor Albor, pasando por Cunqueiro y sus

cien años de gloria, sentid la fuerza que os quiere transmitir este artesano de caja, betunes y cepillo. No sólo limpio, fijo y doy esplendor a lo que calza quien va y viene del cielo, sino que no tengo jefe, libro cuando me viene en gana y no me doblego más que ante mi Apóstol. No hay oro en el bolsillo, ni seda de pañuelo, ni platas, ni latas que puedan, con tanto peso, alzar el vuelo. Sed pájaros corsarios que no conocen el alpiste y... si os dicen “Señor”, agradeced el homenaje: ser gauchos entre el gauchaje y sed nadie entre los sabios. Que sean para vosotros el agravio que le hagan al paisanaje.

Que acostumbraos a la sierra, no os sintáis marear, más si os sentís alabar, iros yendo despacito que, sólo quien es compadrito, paga para hacerse nombrar...

Que en estos días donde lo que hoy vale uno mañana vale tres y pasado es sólo un recuerdo de tiempos mejores, nada os esté de más, nadie os haga de menos.

No fui educado para comportarme de otra manera. Esto me lo enseñó una vida que no ha escatimado en imponer sus fletes y sus impuestos. He pasado por el hospicio, el reformatorio y la Legión. He perdido a un hijo, lo cual, como comprenderéis, vale por la fe de mil pueblos. En su recuerdo está mi Harvard y mi Yale. Miran mis ojos ya cansados a Fonseca y a Gelmirez y les agradezco habernos hecho de simiente de estudio y granito.

He aprendido también gracias a la infatigable lectura de los clásicos, además de haber tenido la humildad suficiente, que es siempre hija del esfuerzo y la necesidad, para haberme detenido a escuchar a todos aquellos con los que me he cruzado en esta apasionante aventura que supone estar vivo.

Hoy estoy aquí, ante mi Apóstol y mi alcalde, junto a mi pueblo, embalado... y puesto que vuestras caras aún no dan muestra de nerviosismo, aprovecho para

deciros que me siento orgulloso. Orgulloso de sentirme hijo de uno de los personajes de esa obra maestra de la literatura contemporánea que viene a ser La Colmena de mi añorado amigo Camilo José Cela que Dios tenga a la diestra de su gloria.

Es muy probable que, si se piensa detenidamente, no se pueda pedir más a una vida y que no deba quejarme más de lo necesario. También es muy probable que éste sea precisamente uno de esos momentos en los que haya que callar, para no caer en la soberbia, vicio dañino por cuanto que jamás se agota. Pero seguiré por un momento. A fin de cuentas, si nos mostramos tan quisquillosos como para preguntamos quiénes somos, nos daremos cuenta de que, a diferencia de aquel inolvidable y valiente hidalgo manchego que exclamaba ufano saber quién era, sólo podemos encoger los hombros, cerrar la boca y continuar por nuestro camino. Puede que en eso consista la verdadera sabiduría: en saber que no sabemos nada, como ya nos previniera Sócrates. Lo explicaré con un ejemplo.

Platón nos refiere que el mismo Sócrates vio a un hombre en una plaza que no paraba de hablar. Se trataba de un sofista, es decir, lo que hoy llamaríamos, sin más, un paisano particularmente bocazas. De esos que todo lo saben y que hablan para mantenerse hablando, como aquel personaje que imaginara el escritor Herman Melville.

Extrañado Sócrates, le preguntó a ese hombre quién era. El hombre contestó que un filósofo, a lo que Sócrates, que se comportaba con el pragmatismo de un agricultor en plena cosecha, le soltó otra pregunta: “¿Y qué es un filósofo...?”

Entonces el hombre se dio la vuelta, regresó hasta la plaza y la gente empezó a aclamarlo. “Esto es un filósofo”, dijo con orgullo. “No”, le replicó Sócrates, “sólo lo serías si hubieras estado callado”.

El maestro de maestros venía a decir que sólo es sabio quien es dueño de sus silencios y no preso de sus palabras. Que sólo en silencio, sin dejarnos llevar por la velocidad de las palabras, casi siempre más vacías y yermas de lo que nos gustaría, podemos realizarnos como individuos. En absoluto es casual que en la hermosa *Epístola de Santiago* podamos leer:

“Nadie de la humanidad puede domar a la lengua. Cosa ingobernable y perjudicial, pues está llena de veneno mortífero”

Dado que estamos prontos y prestos a la verbena, y sin ponernos especialmente dramáticos y campanudos, está claro que alguno de los políticos que campean por nuestro país, no han leído al Apóstol con atención. Pobres de ellos por seguir empeñados en negar lo evidente... Otros, en cambio, parece que quizá lo hayan leído demasiado y aun así, en sus significativos silencios, no lo hayan comprendido bien del todo...

En fin, lo que trato de deciros es que, si hay una ciudad en la que el silencio es arte, ésa ciudad es Santiago de Compostela, donde hasta la lluvia parece pedir permiso para caer.

La inmemorial piedra con la que Gelmírez quiso demostrar la solidez de la Iglesia, nos obliga a un silencio reflexivo, en el que entremos en diálogo con nosotros mismos, pues ante él todos somos ignorantes. Y como explica sabiamente la Regla de San Benito, hablar y enseñar corresponde al maestro y callar y escuchar le toca al discípulo.

Que todos, y yo el primero, aprendamos eso: a ser humildes discípulos que no dejamos de aprender desde que nacemos hasta que morimos, deslumbrados ante una luz que es la que inspiró al Maestro Mateo las formas del Pórtico de la Gloria o a Rosalía sus mejores

versos, como esos que ahora quiero compartir con vosotros:

**“Unas veces con luz y otras a ciegas,
cumplimos nuestros días y llegamos
más tarde o más temprano a la ribera”.**

Por eso, porque nos ha tocado cumplir nuestros días en esta maravillosa ciudad, en esta ribera de la eternidad, me gusta creer que el silencio de Santiago de Compostela, que es mi lugar y el vuestro, no solamente resuena en cada interior nuestro, sino que de alguna manera, como el suave e indescifrable vuelo de un pájaro, lo haga por todas sus calles hasta desembocar en la Catedral. Me refiero a ese símbolo del centro del universo hacia el que tantos hombres y mujeres, a lo largo de los siglos, caminamos sin descanso, tratando, sobre todo, de encontrarnos, lo que no deja de ser una forma de encontrar a Dios.

Nos lo dejó escrito el poeta:

“Y al cabo, nada os debo, me debéis cuanto escribo. A mi trabajo acudo, con mi dinero pago el traje que me cubre y la pensión que habito, el pan que me alimenta y el lecho donde yazco”

Compostelanos: que el Camino, que jamás termina, ese que, una vez que se da el primer paso ya no hay vuelta atrás, lo hagáis en silencio, a modiño. Esa actitud que hoy reivindico en este prólogo a la jarana, para vuestro fastidio y admiración, no sólo es la adecuada para dialogar con el Hacedor, sino que, a falta de un buen látigo, nos vacunará contra la desfachatez de los vendedores de burras viejas, que, como todos bien sabemos, proliferan tanto como las ortigas a las veredas de los caminos... Y, por cierto, ¡que escuecen bastante más...!

El maravilloso pastor, obispo y “hereje” Vetton y Celta de Prisciliano, que ya sabéis que fue un tipo de cuidado, nos lo dejó escrito:

“La palabra engañó a todos, pero yo no fui completamente engañado.”

No lo dudéis. Ante los mercaderes del templo, y a falta de un buen azote a la mano, practicad el silencio. No lo dudéis, es la mejor arma para poner en el sitio merecido a todos quienes pasean por la vida dispuestos a fastidiarnos todo lo posible y, de paso, si puede, a llevarse nuestra cartera...

Plinio El Viejo, al que también podrían haber llamado El Sabio, escribió en su *Historia Natural* que las aguas son como las tierras por donde fluyen. Si recordamos los sobrios versos de Jorge Manrique, nosotros no somos sino las aguas que fluyen por esta vida, aguardando llegar hasta ese océano de dicha que es la eternidad.

Recordad junto al pintor Lamazares que las aguas bajan pero los ríos suben. Que si no os abren la puerta de la generosidad siempre podéis ir por las tejas de la dignidad. Caminemos en silencio, demostrando el espíritu apacible que recomendaba el Apóstol. Ahora bien, según me confieren los saberes de haber desempeñado en esta vida tantos y tantos menesteres en completo silencio, de haber limpiado los zapatos del poderoso y del frágil, durante estos días podremos saltarnos un poquito esa apacibilidad, pues en ocasiones también es necesaria la fiesta, la palabra un poco más alta de lo habitual. De hecho, puede que sólo así valoremos la importancia del silencio.

Os pido a todos, compostelanos, que en estas jornadas de pompa y algarabía os divirtáis siempre con moderación y civismo, pagando lo justo por el vino y por la carne, pues, si tenéis presente a nuestro Apóstol, sabréis cómo os debéis de comportar, con esa donosura de la que esta ciudad ha sido constante ejemplo durante su historia.

No olvidéis que la convivencia, que es uno de los mayores dones que tenemos los humanos, debe estar por encima de la grosería, la envidia y la maledicencia. A todos os pido, pues, que, en vuestra natural alegría, con el alma prendada de verbena, recibáis al forastero con indudable hospitalidad, para que así, en seguida, sin que se dé cuenta, tal vez ya embriagado de esa fluidez del vino y la carne, pase a ser uno de nosotros y pueda ser llamado compostelano.

Es lo que querría nuestro Apóstol, que, aunque en su honor tengamos estos días de holganza y dispendio, prestos a los extraordinarios placeres que nos ofrece la vida, no perderá buen ojo de todo lo que hagamos. Una vez más recordemos sus palabras:

“Si tenéis en el corazón amargos celos y espíritu de contradicción, no andéis haciendo alardes y mintiendo contra la verdad”

Conviene que tengáis en cuenta que, dado que ahora se habla tanto del sentido de Europa y los mercados parecen empeñados en que retrocedamos unos cuantos siglos, Goethe ya nos dijo:

“Europa se hizo peregrinando a Compostela”

Que en estos tiempos de vientos feroces, de oleaje desatado, no tengamos miedo. Al contrario, seamos optimistas. No sólo porque en esta celebración toca serlo, sino porque nosotros sabemos que los sueños están al alcance del mortal. Sólo hay que cerrar los ojos, abrir las manos e ir en su busca.

Que nuestra vocación universal, que va más allá de localismos, de las pequeñas miserias de aldea que enturbian los atardeceres de pesar y remordimiento, nos guíe en todo momento nuestro Apóstol. Porque viajó y aprendió que las fronteras son sólo quimeras de los hombres.

Los gallegos siempre hemos sabido que nuestro mapa es el del mundo, desde la tierra hasta el cielo, sin límites. En él se encuentran todos los sueños posibles, esperándonos.

Que estas fiestas sirvan también para que renovemos nuestra capacidad de soñar, para que no nos hundamos en la mar de la autocompasión, un mar en el que, por cierto, nada se pesca. Pero, para soñar, sólo hay una manera posible de hacerlo... Sí. Lo habéis adivinado: en silencio, con el recuerdo al verso de Octavio Paz:

**“Así como del fondo de la música
brotaba una nota
que mientras vibra crece y se adelgaza
hasta que en otra música enmudece,
brotaba del fondo del silencio
otro silencio, aguda torre, espada,
y sube y crece y nos suspende
y mientras sube caen
recuerdos, esperanzas,
las pequeñas mentiras y las grandes,
y queremos gritar y en la garganta
se desvanece el grito:
desembocamos al silencio
en donde los silencios enmudecen.”**

Finalmente, deciros que respiréis tranquilos. Ya sólo me queda agradecer vuestra insólita atención y deseáros a todos unas fiestas que os satisfagan todo lo posible e incluso un poco más.

En esta ciudad eterna de Santiago de Compostela, con el Apóstol velando por todos nosotros, no habrá tanto silencio como es habitual, pero da igual. Es necesario que haya música y voces para alimentar nuestra alma antes de que llegue el otoño con sus torpes maquillajes... Yo, pregonero por obra y gracia de mi alcalde, el de todos, para que con humildad

**pueda callar y seguir tranquilamente por mi camino,
guardadme la memoria del silencio.**

“Difficile est tenere quae acceperis nisi exerceas”

**¡Felices fiestas, feliz día de la Galicia que mira a Europa
desde España y hace Camino al andar!**